

¿POR QUÉ DEBO ESFORZARME?

Para empezar, debemos reconocer que el esfuerzo no seduce. Si no encontramos un motivo que nos ponga en tensión y nos obligue a esforzarnos, preferimos quedarnos en la situación en que estamos. Por la ley de la máxima economía, si podemos alcanzar nuestros objetivos sin desgastarnos, tendemos a evitar el esfuerzo.

Sólo cuando tenemos una necesidad o deseamos algo con vehemencia, intentamos cambiar la situación. Hay ocasiones en las que las circunstancias son tan hostiles que nos vemos empujados a intentar encontrar otras mejores, pero mientras la situación sea aceptable, el esfuerzo nos parece un impulso estéril y casi absurdo; ridículo, en una palabra. Esforzarse por alcanzar un horizonte mejor parece tener sentido, pues ello presupone una cierta esperanza a la vez que un grado de confianza en

uno mismo, pero es de necios esforzarse para nada. Es, incluso, irracional.

Únicamente nos ponemos en marcha si imaginamos poder llegar a buen puerto. Si no vemos ninguna posibilidad de que así sea, si no hay nada que se pueda hacer, cual si de fatalidad cósmica se tratase, ¿por qué deberíamos emprender el camino? Tendemos a evitar esfuerzos, a tomar atajos, desarrollando nuestras actividades con el mínimo coste físico, emocional y psíquico posible.

De hecho, la inteligencia nos libra de hacer grandes esfuerzos. Para evitarnos las labores físicas que a fin de ganar su sustento tuvieron que hacer nuestros abuelos y los abuelos de nuestros abuelos, hemos inventado máquinas. Gracias al desarrollo científico y tecnológico, hemos conseguido ahorrarnos una parte del esfuerzo manual físico, pero seguimos requiriendo esfuerzo, puesto que para resolver muchos de los problemas individuales o colectivos que nos aquejan, hacen falta esfuerzo, constancia y, sobre todo, imaginación.

El esfuerzo no es un valor pasado de moda, inútil o superado por el tiempo, sino algo absolutamente necesario. No tenemos una píldora que

cure todos los males de la humanidad, ni podemos garantizar que la tecnología vaya a librarnos de todos los males. Hay que poner de nuestra parte. Esto nos permite concentrar los esfuerzos en lo que es irremisiblemente humano y no malgastarlos en funciones para las que ya está la técnica. No es necesario esforzarse en lo que puede realizar un artefacto, pero sí que hay que empeñarse en aquello que por el momento no puede ser llevado a cabo más que por el ser humano, con empuje e imaginación.

Nos hemos liberado de algunas cargas, pero nos quedan otras. No vivimos en *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, ni en *La Nueva Atlántida* de Bacon. El mundo está lleno de luz, pero también de sombras. Contra lo que tan habitualmente se dice, la felicidad no yace en la pura pasividad, en la distracción permanente o la dulce ociosidad. No es incompatible con el esfuerzo, sino que, en cierto modo, es el sabroso fruto del esfuerzo.

En la utopía de Huxley, los seres supuestamente son felices porque las máquinas lo hacen todo y esto los libera de cualquier esfuerzo. Consumen cada día la ración de soma que les corresponde y

viven desinhibidos y programados, aliviados del esfuerzo de ser libres. Viven distraídos y descansados. Ésa es, sin embargo, una espuria felicidad, puesto que sólo quien se esfuerza por alcanzar un objetivo e incurre en la posibilidad de un fracaso, experimentando la proximidad de la decepción, puede llegar a saborear realmente la felicidad.

Existen muchos horizontes colectivos que dependen de nuestro esfuerzo y nuestra dedicación; que no podemos delegar en las máquinas. Deseamos paz y justicia en el mundo, pero no hay ningún programa ni ingenio tecnológico que lo puedan lograr. Deseamos un planeta ecológicamente sano, pero eso sólo será posible si logramos llevar un estilo de vida sostenible, basado en la sobriedad y en la mesura consumista. Aspiramos a disfrutar de ciudades pulcras y cívicas, pero esto sólo depende de los valores que seamos capaces de transmitir a las nuevas generaciones a través de nuestro esfuerzo. Es necesario que nos saquemos de la cabeza la necia creencia que un artefacto o un fármaco van a liberarnos de hacer un esfuerzo.

Además de los horizontes colectivos, existen los deseos individuales, aquellos que todos sentimos en

el fondo de nuestros corazones y que nadie, ningún ingenio mecánico ni bestia de carga, puede plasmar en nombre nuestro. Deseamos conquistar el corazón de una persona, progresar en el ámbito laboral, asegurarnos de que nuestros hijos sean educados correctamente, mantener y ampliar el círculo de amistades, aumentar nuestros conocimientos o habilidades y crecer en sabiduría. De entrada, ignoramos si alcanzaremos estos horizontes, aunque sabemos que, sin esfuerzo, es inútil intentarlo.

La pereza, esa cómoda instalación en la complacencia, la incapacidad de ponerse en marcha mientras se espera que los demás actúen, es la antagonista del esfuerzo. La holgazanería es el origen de todos los males y sólo si somos capaces de ahuyentarla, podremos conseguir nuestros objetivos. Ya desde la Antigüedad, en los tratados de moral es definida como un vicio, cuando no como un pecado capital. La pereza nos mantiene quietos, estáticos, a la espera de lo que suceda, inactivos y medio adormilados. Se nutre de la desconfianza y, en el fondo, carece del impulso de la esperanza: es la desgana, la poca fe en uno mismo y en los demás.